



frenada clavada

Este aviso en el coche que le precede, sobre una carretera helada, indica que va equipado con neumáticos claveteados. ¡Cuidado! Guarde más distancia, su frenada sobre hielo es muy efectiva, mientras que Vd. al frenar puede perder el control de su vehículo, y deslizándose, lanzarse sobre aquél.

El aviso se refiere únicamente a la circulación sobre hielo o nieve endurecida.

en turismo y en transporte

CINTURATO INVIERNO

el primer neumático preparado para clavos anti-hielo



PIRELLI

un neumático para cada empleo

Si Vd. equipa durante el invierno, neumáticos con clavos, pida a su proveedor el distintivo Cinturato Invierno

SENDER: PASADO Y PRESENTE

Creo conveniente hacer algunas observaciones sobre la entrevista realizada por Eduardo Castro con el novelista Ramón J. Sender y publicada en el número 529 de TRIUNFO, con el título de «En la vida de Ramón J. Sender». Por supuesto, no me refiero al contenido de las respuestas del autor de *Crónica del alba*, que corresponde ante todo a un determinado planteamiento de la entrevista y a una toma de posición que es muy libre de adoptar, sino al encuadre de la obra de Sender, e incluso de algunos aspectos de su biografía, que resulta de las notas que va intercalando el entrevistador en el curso de su diálogo con el escritor aragonés.

En primer término, quizá sin advertirlo, Castro trivializa la obra de Sender anterior a 1936. Tengamos en cuenta que de su producción durante ese período puede el lector medio español conocer *Mr. Witt en el cantón* (Alianza) y tal vez, minoritariamente, la reedición —cuya fidelidad no hemos comprobado— de *Siete domingos rojos*. Pues bien, la presentación de Castro apenas deja entrever que pudieron significar la actuación y la obra de Sender en los treinta, desdibujándolas hasta hacerle aparecer casi como un personaje marginal, incluso arrastrado por los acontecimientos: «Un buen día, Sender —con acento en la última sílaba— se vino a Madrid y se dedicó al periodismo. Otro buen día se le ocurrió escribir un libro, y descubrió entonces su propio camino. Una de sus primeras novelas, *Mr. Witt en el cantón*, le valió el Premio Nacional de Literatura en 1935. Luego vino la guerra». Claro, que cabía no decir nada, pero puestos ya a precisar acentos, pienso que la trayectoria vital se definiría, mejor que por una sucesión de ocurrencias vocacionales, por el hecho de haber sido Sender activo anarcosindicalista y corresponsal en Madrid de *Solidaridad Obrera*, editor de un periódico de frente único como *La Lucha*, colaborador asiduo en el diario *La Libertad* y autor de títulos como *Imán*, testimonio

excepcional sobre la guerra de Marruecos, *O. P. (Orden Público)* y *Siete domingos rojos*, antes del mencionado Premio Nacional de 1935, y por último, comunista problemático y discutible. Así, entre otras cosas y mirando a la transparencia de la propia entrevista, adquiriría mayor sentido la respuesta de Sender sobre su sentimiento de culpabilidad en el estallido de la guerra civil.

En cuanto a la dolorosa experiencia biográfica durante el conflicto, también creo que hubiera sido mejor guardar silencio. Por ejemplo, ¿qué significa hablar de «la indignación de los primeros días»? El propio Sender describió, no sabemos con qué exactitud, su experiencia familiar en un libro del momento, *Contraataque*, y los datos no encajan con el relato de Castro. También da a entender Castro que, tras esas primeras fechas de indignación, Sender tuvo que salir de España con

POLEMICA.

LIBROS Y PROLOGOS

«El riesgo de caer en la utopía es fabuloso», nos dice el profesor Juan Velarde Fuertes en el prólogo al libro *Una misión sin importancia* (1), de un antiguo sindicalista, Juan López, recién fallecido. Y, en efecto, tal riesgo existe, como nos demuestra el propio prólogo del citado profesor. Esta sima de la utopía es realmente un despeñadero por el que se han precipitado y se precipitan aún con ejemplo constancia ilustres historiadores, sobre todo los anglosajones, que tocan los problemas de la guerra civil española y los temas históricos sobre el Movimiento Obrero y la revolución en nuestro país. Algunos enloquecen ante la gozosa contemplación del tema a tratar, y entonces se lanzan a interpretar los datos de que disponen en un estado de suprema euforia espiritual. Otros ilustres, y otros aún menos ilustres, no se desca-

(1) Editora Nacional, 1972.

sus dos hijos menores. Creo que la salida es tardía, y, en todo caso, hubiera merecido la pena precisar algo más, dado que, como se sabe, hubo tiempos y modos de abandonar el país en guerra. ■ ANTONIO ELORZA (Madrid).

TRANSPORTE PUBLICO!

La ciudad se está poniendo imposible, ya al borde del colapso, en punto a circulación. Como siempre, cuando ese colapso se produzca, se empezará a cavilar en busca de solución. Nadie comprende por qué tanta dilación ante un hecho que está ahí, en el horizonte, cada vez más encima: el estallido, el parón, el embotellamiento definitivo. Vamos a prescindir de la polución (¡y ya es prescindir!). Es impresionante comprobar cada mañana que los usuarios de la enorme fila de



coches que intentan avanzar hacia los lugares de trabajo podrían caber en un autobús. Sesenta viajeros de un transporte colectivo ocupan lo que el vehículo: 30 metros cuadrados, o menos. Sesenta señores, cada cual metido en su utilitario, cargados además de sueños e impacencias... ¡varios centenares de metros de calzada! Es hora de adoptar medidas. Por ejemplo, la

de «meter» a toda esa gente (que somos nosotros) en transportes públicos. Pero no mediante campañas publicitarias y «slogans» que luego no hallan correspondencia en una suficiencia, ¡o abundancia!, de autobuses. ■ JULIO GARCIA (Madrid).

PUNTUALIZACIONES SOBRE «EL COYOTE»

En relación con el artículo sobre mi padre que publicó el señor Vázquez Montalbán en el número 529 de TRIUNFO, quisiera señalar una serie de inexactitudes factuales. Me impulsa sobre todo a hacerlo la posibilidad que en el artículo se apunta de «volver sobre la serie de El Coyote y tratar de descifrar las razones de su éxito».

La serie de El Coyote consta de 194 títulos, y no de 130; se publicó entre 1944 y 1954, y no entre 1944 y 1951.

Mallorquí no se hizo rico

con la serie. No fue rico nunca ni lo era al morir.

El apellido Mallorquí no es un seudónimo. Desde su nacimiento a su muerte, mi padre se llamó José Mallorquí Figuerola. Ignoro de dónde ha sacado el señor Vázquez Montalbán que el verdadero nombre de mi padre era José Martí Figuerola.

Mi madre, Leonor del Corral, no era autora de novelas rosa. En los cincuenta y ocho años de su vida no escribió ninguna novela, ni rosa ni de ningún otro estilo.

En cualquier caso, les recomendaría que, antes de aventurarse a estudios en profundidad sobre la obra de mi padre, consultaran, por ejemplo, la obra de Juan Francisco Alvarez Macías «La novela popular en España: José Mallorquí». Es el estudio más amplio y riguroso (en cuanto a datos y hechos) que hasta ahora se ha escrito sobre el tema. ■ EDUARDO MALLORQUI (Madrid).

«TRIUNFO», BUEN REGALO

Enhorabuena por su revista, que ha sabido combinar de un modo ejemplar amenidad y profundidad. Mis alumnos se preguntan cómo es posible una empresa de tal magnitud en nuestro país. No me detengo a ponderar cada una de las secciones por parecerme superfluo. Verán que les envío una suscripción para un familiar mío, por parecerme el mejor regalo en el día de su cumpleaños. Sería ridículo intentar ponerme como ejemplo —además de fatuo—, pero creo que, en estos casos en que uno se ve obligado a regalar algo y no sabe qué, la idea de una suscripción a TRIUNFO puede ser la mejor de las soluciones. Ojalá no suene mi afirmación a propaganda interesada, en el mal sentido del término. Un saludo. ■ DOCTOR CARLOS ISASI (Universidad de Erlangen-Nuremberg).

DLÉMICA • POLÉMICA • POLÉMICA • POLÉMICA • POLÉMICA • POLÉMICA

rían por ese camino, sino por los conceptos apriorísticos de que parten (se tiene una idea determinada de la Historia y del mundo y en ella se pretende, a veces inconscientemente, hacer encajar los hechos). Este es el caso del profesor Velarde: como el libro prologado tiene relación con el problema del sindicalismo durante la guerra civil, se lanza Velarde a una interpretación histórica de los antecedentes del cenetismo español, que no son otros que los del bakuninismo y la Internacional hispánica. El análisis, en el que hace la contraposición clásica del marxismo y anarquismo, es válido: economismo y voluntarismo; centralismo y federalismo; lucha parlamentaria y rechazo de las instituciones burguesas; Estado y autogobierno, etcétera. A través de la exposición aparecen entrevistadas las grandes figuras de Marx y Bakunin, y parece trascender una toma de posición favorable al segundo, aunque sólo en apariencia. Afirma Velarde el lugar

que en sus rumbos de última hora ha ocupado el sindicalismo revolucionario, el español y el de la Carta de Amiens, mas luego descubrimos que en sus rumbos entran otros muchos elementos: «Sindicalismo, socialismo nacional (sobre todo éste, decimos nosotros), federalismo libertario, con valores religiosos y patrióticos», elementos que ya intentaron acomodar, según Velarde, Ramiro Ledesma y José Antonio Primo de Rivera desde 1931.

Es entonces, en las últimas páginas del prólogo, cuando Velarde inicia el «sprint» —que ya presentamos— con las curvas y virajes más temerarios. Tras afirmar que Ramiro y José Antonio se percataron de que en 1936 «no se podía conquistar el Estado más que con movimientos de corte totalitario», aunque «era tan importante o más que eso conquistar la sociedad y que tal cosa sólo era posible con movimientos de tipo sindical», dice Velarde que «a la misma conclusión, poco a poco y desde otras

bases, como es lógico, iba llegando la CNT» (2). En nombre de ese asombroso aserto finaliza Velarde con una invitación a falangistas y confederales a meditar, de cara al futuro, sobre la cabalística frase joseantoniana: «La sangre de nuestros muertos nos ha unido y ella es la que ha sellado nuestro pacto». Aun en el discutible supuesto de que la sangre de los muertos hubiera unido a alguien, es necesario poner orden en este tema. Entiéndase bien que no se trata aquí de un enjuiciamiento de tendencias ni de establecer un debate sobre ideologías, sino sólo de constatar la tremenda violencia que se ejerce sobre los hechos reales, porque lo de la conquista de la sociedad por los sindicatos tiene sentido para la CNT en 1936, y para los remotos antecedentes de ésta, con el nacimiento de la Internacional en España, hace ciento dos años. Por tanto, y es una mera precisión histórica, el

(2) Una misión sin importancia, pág. 38.

anarcosindicalismo español no iba llegando a este punto: estaba en él desde siempre. Pero ¡lo de la conquista totalitaria del Estado!... Se olvida aquí el profesor Velarde que en las primeras páginas del prólogo ha descrito un movimiento esencialmente negador del Estado y, por tanto, y con mayor razón aún, del Estado totalitario. Por otra parte, le pasa inadvertido asimismo a nuestro prologuista que los herederos de Bakunin y A. Lorenzo renunciaron en julio de 1936, ya en los prolegómenos de la guerra civil, a la conquista totalitaria del Estado, cuando pudieron llevarla a cabo en Cataluña, ciertas zonas de Aragón, Levante y otros puntos del país.

Más adelante nos enteramos que la morada en que Velarde invita a reflexionar y a actuar en común se titula «La Nueva Fundación», que sería un perfeccionamiento del sindicalismo actual, definido esencialmente como sindicalismo con línea política, «siendo arriesgado

pensar el abandonarla» (3). Tal línea es la del Estado actual. Aclara todavía posteriormente el profesor Velarde: «Diremos contundentemente que un sindicalismo sin línea política sería un retraso, una vuelta atrás y, sobre todo, haría incompletas o ineficaces las instrumentaciones socio-económicas de su esquema representativo». Y acto seguido: «Ha de tener lugar una verdadera ósmosis entre sindicalismo y Estado. Así, el sindicalismo será un instrumento colaborador de la función pública y no un palo incrustado en los engranajes de la máquina del desarrollo económico. Su misión es algo más trascendente que la de eliminar conflictos y conseguir mejoras parciales» (4). Por fin, y en la tercera de las deducciones que hace derivar de estos principios, afirma: «Que este sindicalismo se halle al servicio de las directrices e ideas políticas

(3) Juan Velarde: El Nacional-sindicalismo cuarenta años después, pág. 292.

(4) Idem, págs. 292-93.

impuestas desde fuera por un movimiento más político que sindical».

Decimos una vez más que, sin ánimo de entrar en debates sobre la significación de ese sindicalismo, hemos de atenernos, empero, a los hechos escuetos: es un sindicalismo subalterno, de integración, en que podemos discernir prácticamente cuanto se nos pida: corporativismo, socialismo estatista, sindicalismo vertical, estructuras neocapitalistas, etcétera. Pero no hay la menor huella de sindicalismo revolucionario o anarcosindicalismo, porque en realidad no puede haberla. Velarde se refiere en otro pasaje a aquél como a «la amenaza anarcosindicalista» (5). Todo es perfectamente lógico.

La «Nueva Fundación» velardiana es el producto de un gran desguace indiscriminado, del que, al parecer, no escapa ni la Falange histórica, a juzgar por las declaraciones del propio Ve-

larde, recogidas por la prensa española. Esto podría llevarnos a formular una pregunta con el solo objeto de tratar de lograr alguna coherencia en el abigarrado planteamiento velardiano: si las raíces nutricias, o la razón histórica básica de que partía Velarde para arbitrar su esquema, no tienen ya razón de ser, ¿le queda algún cimiento a su Fundación, o todo se reduce al gratuito e incontestable derecho a elucubrar que a todos nos asiste? Mas sigamos con el «desguace»:

Al término del período de vigencia histórica de las dos grandes ramas del obrerismo español, socialismo y anarquismo, se produjeron múltiples intentos de desguace. Los creadores de nuevas fundaciones imaginaron poder utilizar algunos de los materiales del gran derribo, y en algunos casos lo lograron. Ahora asistimos al gran desguace que se está llevando a cabo con el socialismo desde diversos ángulos (el fenómeno no es en sí mismo malo, por lo que revela de preocupación por tal tendencia). Las concepciones

del socialismo, proclives al Estado, alentarían a caso con más facilidad esta tendencia (con las naturales reservas), pero es totalmente inviable con el anarcosindicalismo, el cual, por sus concepciones viscerales no puede asimilarse a nada en que prevalezca lo estatal. Decía un tratadista avisado, buen conocedor de estos problemas, que lo importante en el actual sindicalismo no era lo que había tomado del anarcosindicalismo, sino lo que había dejado de tomar, que es prácticamente todo. Siendo esto así, ¿qué elemento del sindicalismo revolucionario podía tomar Velarde en el «desguace» de este sector? La clave del problema nos la da él mismo en este pasaje, tomado de un apéndice de trece puntos que es, imaginamos, una especie de programa de la «Nueva Fundación» o, cuando menos, un borrador del mismo:

«8.—Secretaría General del Movimiento organizaria células sindicales procurando, con libertad, el máximo control de la línea representativa. Posiblemente habrá

que llegar a un acuerdo con los cristianos de JOC, HOAC, etcétera. Otras veces con algún grupo CNT o UGT. Otras centrales clandestinas son, en cambio, un fantasma ridículo, sin peso alguno. El desbordamiento por el PC y las tácticas de colaboración táctica de éste deberán motivar una oposición decidida al mismo. El contacto con viejos militantes de la CNT puede asegurar este paso» (6).

La destreza y desparpajo con que Velarde mueve las piezas en el tablero de su Fundación son realmente admirables. Pero ahora ya está claro que del anarcosindicalismo Velarde se queda con «algunos viejos militantes» para contender con los comunistas «dispuestos a la colaboración táctica» (también éstos tienen asignados sus movimientos en el esquema): los herederos de Bakunin y A. Lorenzo se ven promovidos a alguaciles y piquetes de vigilancia del esquema velardiano. Extraña suerte la de los viejos

rebeldes, tanto más cuanto que no habiendo en el esquema propuesto nada que les permita reconocerse en él, no les quedaría otra opción que la de desempeñar el rol de mercenarios a sueldo de empresa ajena.

Para terminar, se nos ocurren dos conclusiones: 1.ª La citada propuesta de reflexión en común y de trabajo en la «Nueva Fundación» no puede ir dirigida a los herederos de Bakunin y es absolutamente disparatada, por lo que el esfuerzo dialéctico de Velarde es gratuito. 2.ª La del respeto que creamos se debe a un sector y a unos hombres que, por encima de lo episódico, han protagonizado un rol importante en la historia del movimiento obrero español, desde la creación de la Primera Internacional en nuestro país hasta el final de la guerra civil. Aun suponiendo que admitiéramos la conclusión de James Joll, de «ofrecer flores a los rebeldes que fracasaron», esto no se podría hacer sin un cierto respeto. Señor profesor: un poco de respeto. ■ JUAN GOMEZ CASAS.

(5) Idem, pág. 292.

(6) Idem, pág. 296.

¡Abróchese el cinturón!



Este gesto tan sencillo, puede salvar su vida. Recuérdelo: cada vez que suba a su coche ¡abróchese el cinturón de seguridad!



Utilice cinturones de seguridad. Un seguro de vida que se renueva cada vez que usted se lo abrocha.

**Regale
seguridad**

CON LA COLABORACION DE LA
JEFATURA CENTRAL DE TRAFICO